

ENTRE LIBROS FRANCESES

por MARCEL THIÉBAUT

JEAN Paulhan, que acaba de publicar *La paja y el grano*, ha ejercido, como redactor-jefe de la N. R. F. (del 20 al 40), una gran influencia en la literatura de nuestra época. Ensayista, cuenta con admiradores entusiastas que le colocan en la primera fila de los escritores franceses. Es un espíritu sutil y singular, cuyas investigaciones se han realizado generalmente sobre temas del lenguaje.

Nacido en 1884, fué antes de la guerra del 14 profesor de Malgache, buscador de oro y profesor de la Escuela de Lenguas Orientales. De su estancia en la gran isla no trajo ni pepitas de oro para su familia, ni novela de amor, ni relatos de viajes para sus editores. Trajo, sí, un libro sobre los *Hain Tenys*. Son poemas malgaches a los cuales hasta entonces se había concedido poca importancia, ya que se les juzgaba casi ininteligibles. La curiosidad de Paulhan se concentró sobre ellos, y a desvelar sus secretos aplicó una pasión de detective.

Comenzó por apreciar su discreto encanto y sus «claroscuros». Así como Parny hace poco frente a las *Chansons madécasses*, que traducía. Paulhan debía llegar también a la traducción, pero lo que le interesaba más era penetrar en las leyes del género. Es, naturalmente, un buscador de claves perdidas. Para traducir los símbolos de los «chain tenys» le hizo falta poco tiempo (un limón amarillo es un amante; un estanque, un joven; una rana, una esposa). Todavía, para señalar más, que los recitadores pronunciaban ciertos versos en un tono más alto; que estos versos eran proverbios y que la regla del juego consistía en ordenar el poema alrededor de los proverbios. Un folklorista se hubiera detenido aquí; Paulhan es un filósofo: la conclusión de sus estudios fué que el lenguaje no es «un medio transparente y sí un medio específico que tiene sus leyes de refracción». ¿Y por qué?, os preguntaréis. Porque había descubierto el artificio en donde el poeta se juzgaba inspirado, y la inspiración allí donde la recitación era todo cálculo. ¿Es esto exacto? No sé nada. Lo que retendremos, sobre todo, de la lectura de este primer libro es que desde los comienzos de su vida Paulhan se preocupó por la cuestión del lenguaje, que ha visto a justo título un laboratorio, donde, entre palabras y pensamientos, se organizaban delicadas y misteriosas transmutaciones. Toda su obra debía construirse alrededor de esta inquietud y de sus observaciones.

1914. Paulhan va a la guerra. Es zuavo, y en Trancy-le-Val toma al asalto las trincheras enemigas. En *El guerrero aplicado* nos describe este episodio de su vida. Libro extraño éste y sin parecido a ningún otro de los que la guerra inspiró. Tenemos a la vista una serie de cuadros, trazados con mano segura y discreta. Se dirían dibujos japoneses, dibu-

jos de Hokusai. Esta sobriedad inusitada parece una estilización. El fondo, sin tumulto, es como blanco. Merimée salía del reducto en seis páginas; Paulhan lo hace en seis líneas. Su salida del reducto parece un «hai kai».

Los sucesos de entonces le interesan poco. Está atento a sí mismo. Este es uno de sus principios: «que incluso nuestra vivienda no es siempre desconocida». Sus emociones no están fijadas en instantáneas. Se someten al análisis. El resultado no se nos comunica sino después de un fino análisis. De sus reflexiones de zuavo he aquí la esencia: los acontecimientos inevitables nos confieren una especie de libertad; la aplicación a la guerra (es decir, del deseo de adaptarse a las pruebas, que prodiga) hace nacer a veces un semientusiasmo; otras, una insensibilidad próxima a la infancia; a veces, una especie de quietud. Es la impresión de quietud la que domina a las otras. Se puede leer *El guerrero aplicado*, sin que palpite el corazón, en un salón de té, a la hora de las golondrinas. Es un libro de guerra que parece un libro de paz. ¿Es esto afectación o singular naturalidad?

Resulta que he tirado en los mismos lugares que Paulhan: he conocido el Boyau Baccard, la Trinchera de los Zuavos. He atravesado, como él, horas de desprendimiento filosófico, diseminadas en jornadas de angustia. Lo que fué el color de algunos de mis instantes parecía haber sido —si se juzga por su libro— el tono de toda la preparación de Paulhan. Esto me inclina a creer que sacrificó, naturalmente, la impresión común a la impresión fugitiva y que encuentra placer por lo extraño. Se puede interpretar de otro modo: Paulhan escribe que a veces se asombra de su propia indiferencia. Siempre, según él, no llega, gracias a la guerra, más que al nivel de emoción donde nadan los otros hombres en tiempos

de paz. Debe saberlo: notamos, sin embargo, que no es de la raza de los nerviosos trémulos. Su voz es, por el contrario, sorda y elástica. ¿Por qué no combinar las dos interpretaciones? Paulhan acoge siempre la extraña; es una especie de delicadeza en sus emociones que le incitan, naturalmente, a no fijarlas sino después de haberlas decantado, filtrado.

La lectura de *Guía de un pequeño viaje a Suiza* confiere las mejores razones a estas hipótesis. Estamos ya en 1945. Paulhan, al día siguiente de la liberación, es invitado a gozar de los dulzores de la paz helvética. ¿Qué nos dice? Que antes de partir ha establecido un catálogo-tipo de los paisajes capaces de emocionarle; que estos paisajes, cuando los ha visto, no le han emocionado; pero que la víspera de su retorno se ha emocionado al mirar el humo de su cigarrillo. He aquí lo singular —¿cómo entenderlo?—. Simbólicamente imagino. No es lo esperado lo que emociona (Segalen nos lo había dicho también, pero de otro modo, en *Equipado*), y la emoción no penetra en nosotros más que por un sesgo (Paulhan gusta mucho de los sesgos, como veremos). Ideas muy sostenibles, el libro, sin embargo, es desconcertante. Todo, él brilla con una ironía que se corroe a sí misma. Cuando el narrador declara que se habla de ordinario de la osadía con que las montañas se elevan al cielo, pero que se podía con menos razón fijarse cómo se extienden por la tierra prudentemente, se comprende bien que el lugar común le atormenta siempre. No se trata ya de proverbios malgaches en esta ocasión, sino de emociones hechas para álbumes y jovencitas, libros y escritores. Paulhan experimenta el temor de caer en las emociones de otrora —y no las teme, o parece no temerlas—, quedando en pie de espera. Cuando se trata del con-

fort —del confort de los hoteles suizos—, sale de su reserva. ¿Es para decir todo? Un cuarto de baño con agua caliente, buena ropa y buen pan: yo pienso que todo esto debe haberle gustado. Pero sobre este placer guarda silencio. Lo que nos dice es un deseo insatisfecho. Ya que tan bien le han limpiado sus zapatos, ¿por qué, durante la noche, no les han puesto medias suelas? Yo pienso que esto significa: que el confort llama al mayor confort. Sin embargo, no le satisface. Que Paulhan lo haya pensado, no lo dudo; pero durante mayor tiempo aún ha debido apreciar el brillo de sus zapatos, como también la finura de las sábanas o el brillo de la bañera. Sí; decididamente no se ata a lo banal. Entre el gato, que pasará su jornada cerca de él, y la abeja, que penetrará diez segundos en su cuarto, una fuerza invencible le llevará a no atarse más que a la abeja, y de ella nos hablará. ¿Por qué no? Pero el universo que se construye en semejantes disposiciones no puede ser insólito. Deformado, evidentemente (como todos los universos, diría él), pero bastante extraño para alegrar el espíritu. Un mandarín de paso por París no ve más que un ramo de violetas. Se puede escoger peor; pero no vaya a creerse por esto que París es un ramito de violetas.

Esto sería la ilusión de la totalidad. Una de las que Paulhan ojea precisamente en *L'entretien sur les faits divers*. Voltaire decía a Federico II: «El consejo que yo daría a un discípulo de Maquiavelo sería escribir un libro contra Maquiavelo.» Paulhan no es Maquiavelo: es el escrúpulo, la honradez, la rectitud en persona. Pero si denuncia la ilusión de totalidad, es porque la conoce bien. Esta plática es una especie de encuesta dialogada sobre las ilusiones. Aspirando al rigor, Paulhan busca siempre aclarar las ilusiones.



Ilusión del poeta de «chain tenys», que se cree inspirado, pero es artificial; ilusión de los soldados que cuentan sus emociones bien amañadas, del viajero que rechaza experimentar las emociones que ha estado bien decidido a sentir. El ejercicio es entretenido y de altura científica. Creeréis sufrir, no es seguro; creeréis que es el rumor de un glaciar, confesar que es ropa sucia; del mundo que os imagináis tener bajo vuestros ojos extraigo otro mundo. ¿Es la verdad la que ha surgido? Es un prestidigitador el que ha sacado de un pañuelo de nariz a un anciano. Se termina por no saber nada. Y todo os parecerá dudoso desde el momento que os han probado la fragilidad de lo que juzgabais sólido. Vértigo, *L'entretien sur les faits divers* os lo da, y, sin embargo, es una tarea de orden y saneamiento intelectual. Paulhan desnuda —con gestos precisos de cirujano— los errores de juicio, de razón, los argumentos de uso corriente, recursos supremos de periodistas y discutidores de todas categorías. He aquí la previsión del pasado, la perspectiva mental, los argumentos capciosos; para ilustrar la demostración donde se nos ofrece un elefante asesino, las astucias de Cineas y las jugarretas de un vendedor de periódicos. Atengámonos a esto por el momento: «Charmide, que pasa las vacaciones en Sannary, es un gran lector de *Les Debats*. Como lo pide el mismo día de su llegada, la vendedora le dice: «No me queda un ejemplar.» Pero Charmide, que mira con cuidado el montón de periódicos, reconoce por su color rosa su periódico favorito: «¡Helo aquí!» —exclama—, y lo coge. Al día siguiente, Charmide vuelve a pedir *Les Debats*. «No me quedan.» «Ayer me dijo lo mismo.» «¡Ah!, sí —responde la vendedora—; ayer me equivoqué.» Diálogo pleno de enseñanza. He aquí la interpretación de Paulhan. La vendedora pensaba: «Ayer me daba

cuenta, bien que débilmente, de que me equivocaba. Hoy no me equivoco, puesto que no tengo en modo alguno el sentimiento de un error.» Sin embargo, la vendedora razona como si ayer estuviera en el estado de espíritu que está hoy. Caso típico de previsión del pasado.

¡Oh!, por la previsión del pasado no tenemos nada que decir. Es una ilusión que debe tener su puesto en el catálogo. Cuántas veces no hemos —tantas como somos— pensado en nuestra juventud, como si entonces no hubiéramos razonado igual que lo hacemos hoy. Pero en lo que concierne a la vendedora de periódicos, la hubiera atribuído mejor este monólogo: «Ayer no miré. Hoy he mirado, y puedo asegurarnos que no hay un solo ejemplar de *Les Debats*. Ayer me equivoqué. Hoy estoy segura de no equivocarme.» Esto me hubiera parecido más verdadero. A Paulhan, también, ya que preveía la objeción, y ha contestado: «Convengo en interesarme por la vendedora en la sola medida donde me revela una previsión del pasado.» Conviene que le conviene. Perfecto.

Cuando comenta este diálogo: «Es usted un sucio.» «Y usted otro.» Paulhan escucha al que replica este razonamiento: «Usted mismo es un sucio. Así, pues, no sabéis de lo que se trata. Es como si no hubiéramos dicho nada.» Libre de sí. Yo hubiera preferido esta explicación: «Dice usted que soy un sucio. No voy a perder el tiempo en discutir la cuestión. Es usted quien es un sucio. Aclare usted esto. Puñetazo por puñetazo. Match nulo.» He citado dos ejemplos, pero podría citar cincuenta. Nuestro lógico se va por un camino. Se veía otro más cómodo. Se está de acuerdo sobre el tema, que se podría discutir sobre el medio. Qué se diría de un atleta virtuoso que para subir al quinto piso trepase por los salientes de la pared. A los enanos, la escalera les parecería más có-

moda. Para llegar a leyes generales, Paulhan razona sobre las más raras hipótesis. Hace de este modo y evidentemente la prueba de su destreza. Su proceder desconcierta, pero divierte. Queda por preguntar lo que valen los resultados. Para qué valen. El autor, en este sutil y tormentoso libro, amon-tona sobre su cátedra una soberbia colección de ilusiones. Pero las extrae de propósitos tenidos por gentes que veíamos, igual que él, que razonaban mal. Trabaja con argumentos raros sobre discusiones de encrucijada, y saca lecciones plenas de sabiduría. Singular vuelta. Lo que es curioso es que cuando no diserta sobre los falsos silogismos del prójimo, pero si se juzga el fondo, se siente uno menos inclinado a aprobarle. ¿Por qué M. X. está siempre retrasado? «Porque no guarda su lugar más que para lo imprevisto» —responde Paulhan—, o muy exactamente —ya que a veces usa palabras graves— porque no da a lo desconocido una «existencia algebraica». Yo, campesino del Danubio, hubiera pensado: «Porque M. X. es olvidadizo y distraído; metido en el presente y frente a Bella, olvida a Elpenor, con quien tenía cita.» Lógico Paulhan, es un lógico imprevisto. Este es uno de sus encantos.

Era preciso que un día alcanzase el problema núm. 1, el «misterio literario» por el sesgo que le es caro: el del lenguaje. Y fueron *Las flores de Tarbes* la llave de la bóveda de su obra. Subtítulo del volumen: *El terror en las letras*. En las épocas de terror, según Paulhan, se exige a los hombres la pureza y no se toma más en consideración las personas que las obras. Los que después de cien años temen la contaminación de las palabras, aspiran, huyendo de las expresiones tradicionales, lugares comunes, clichés, a traducir sus pensamientos en un idioma nuevo, son los terroristas.

Terrorista, por tanto, se podía haber creído que en esta palabra, el sanguinario pasaba antes que el puro. Paulhan no sería el juguete de una ilusión de totalidad. Confesémosnos que esto es atrayente, y sobre un libro grave y apretado, y no permitiendo la desatención, hace pensar en una espera novelesca.

Los terroristas, así, pues —dice Paulhan—, huyen no solamente de los clichés, sino de los géneros. Quieren novelas no novelescas, teatro no teatral. La obra, para ellos —perfectos terroristas—, pasa después del hombre. La perfección les repugna. El documento humano, hasta sobrehumano, les encanta. Huyendo de lo conocido, aspiran a lo nuevo; alumbran monstruos, y la crítica, ante tanto imprevisto, se sumerge en el desorden. Frente a los terroristas se levantan los mantenedores que no repudian la vieja retórica y no equilibran las herencias. De este duelo, donde el primer contacto se sitúa hace cien años, sale la literatura exangüe. Los terroristas triunfan; enemigos de las palabras, que magnetizan las ideas y se hipertrofian a sus expensas; pero el temor del artificio les hace caer (los terroristas) en una ciénaga. ¿El remedio? Recrear una retórica, usar las palabras para que pierdan su brillo y dejar de jugar los espejos a ser alondras. Así, en una atmósfera pacifista, reconstruiremos al hombre.

Este relato de una gran batalla es apasionado y tan vivo y tan lleno de argumentos, que encanta y convence en tanto lo leemos. Después se frota uno los ojos —al menos así lo hice yo—. Y, ante todo, ¿se trata de una batalla real o imaginaria? Para Paulhan, no creo tener necesidad de decirlo; es, entre todos los combates del mundo, el más real. Oye el claquear de las armas. Seamos justos: nosotros también lo oímos. Pero fueron, son combates parciales. A no conside-

rar que no se explican, envuelven en su conjunto la evolución de la literatura. Rimbaud con su *Alquimia del Verbo*, Lautremont, los surrealistas, he aquí, en el sentido de Paulhan, algunos de estos terroristas. Y sabemos que el deseo de turbar al lector inspira a muchos escritores jóvenes y a muchas revistas. Pero, en despecho de algunas frases, que pueden extraerse de su obra (se encuentra siempre lo que se quiere en una obra), no veo a Stendhal, o Flaubert, o Renan, o Mauriac profundamente atormentados por esta batalla. Giraudoux mismo —tan recto al manejar el sentido de las palabras— ha sido Giraudoux, como un mirlo es un mirlo por decreto de la Providencia, y no se imagina uno que hubiera sido diferente si hubiera vivido antes de la batalla. (Había Preciosos en el siglo xvii). No es cierto que estos escritores hayan ignorado el «Terror» o la mantención; pero lo olvidan cuando se trata de escribir. Llevado a las dimensiones de una lucha entre dioses y gigantes, este combate se aproxima a la mitología. Así, los griegos de una concha hacían salir una diosa. Puede ser, en verdad, que haga falta aprender las proporciones de un combate donde no se puede negar la realidad para retener nuestra atención. Se tendría tendencia demasiado fácil, no ya a desdeñarlos, a olvidar a Julein Cracq y André Breton; y Jules Romains (el pintor) fué, sin duda, juicioso de llevar hasta el techo de los palacios de Mantua las figuras alegóricas, de ordinario encerradas en cuadros. Así no se las olvida. Hay en la lógica de Paulhan un elemento decorativo, y sus flores crecen con la gracia de los más bellos monumentos barrocos.

Pero supongamos que la lucha terroristas-mantenedores tenga la amplitud que le ha dado Paulhan: ¿qué valdría, en este caso, el remedio que propone? ¿Crear una nueva re-

tórica? Pero lo dice él mismo, y muy bien, que la retórica y el verbalismo es el pensamiento de los demás. La retórica es una invención del lector. Si soy tan ingenuo para escribir *Por una bella mañana de primavera*, es la expresión para mí desbordante de emoción. Mas advertido el lector que me lee, reconoce aquí una frase hecha. Es el que grita: «¡A la retórica!». Si se trata de crear una nueva retórica, es hacia el lector donde se deberá volver. Es a él a quien se deberá enviar al colegio. Nada cómodo.

Y supongamos todavía, puesto que estamos en un mundo de hipótesis, que la retórica triunfa —la novela—, y que con ella se imponen nuevas reglas, ¿cómo hacérselas observar, dado que, organizado el terror, una verdad, esta vez, que no será más pura, pero sí más violenta? Así, para luchar contra los terroristas azules, haría falta convertirnos en terroristas negros. Cada vez menos cómodo. Paulhan no lo ignora, y se propone tratar algunos puntos en una gran obra que seguirá a las *Flores de Tarbes*. Tendremos así de nuevo la ocasión de loar y discutir sus propósitos. Ya que es igual de difícil el no admitirlo, como el no encontrarse enteramente de acuerdo con él. No sería, incluso, muy cortés aprobar siempre, ya que se contradice a menudo, y al aprobar al Paulhan de ayer se opondría uno al Paulhan de la víspera. Entonces sería una gran contrariedad decirle, por ejemplo: «¡Cómo! Usted deplora en las *Flores de Tarbes* que la crítica no intervenga hasta después de la obra. Usted la quería creadora, doctrinaria, gran productora de las tablas de la ley; y la crítica que usted nos proponía otro día como modelo en «F. F. o el crítico» es Félix Feneon, que usted mismo ha convenido no tenía ningún sistema, ninguna doctrina. En lo que a nosotros respecta, no queremos a este F. F. que usted nos ha

enseñado a amar; es extraño que, para confundir cinco generaciones de críticos engañadores, eleve usted sobre un pedestal al crítico que precisamente no ha intentado jamás justificar sus juicios, el crítico exprés, el crítico instantáneo.» Pero puede ser que Paulhan ame sobre todo en Feneon lo que éste hubiera podido ser. El autor de las *Flores de Tarbes* trata de componer un ramo con un solo pétalo. Su seducción —o una de sus seducciones— es la ligereza, con la cual se lanza, tan preciso como un matemático, en lo imaginario. Afirma que si Feneon ha hecho poca crítica, pocas novelas, poca política —¿qué se sabe todavía?— es porque quería quedar hecho un hombre verdadero y completo —lo contrario de un especialista—. ¡Ah!, la explicación es encantadora. Se hubiera podido tontamente pensar que tenía poco fondo, y Paulhan dice todavía (en *El secreto de Justina*) que Sade es el hombre más púdico del siglo XVIII. Todo es posible, puesto que es una cuestión de definición. Paulhan pretende también que Sade no ha sido sádico, sino masoquista. Como la mayoría de los sádicos, jugando en dos tableros, restituye una gloria nueva al divino marqués al singularizarle. Asimismo, cuando no se está de acuerdo con Paulhan, se termina por considerarle con asombrosa simpatía y divertimento. Frente a una estatua, encuentra siempre el modo de colocar sus proyectores en lugares tan imprevistos que no se reconoce más el monumento que se admiraba un momento antes. Se sabe que esta iluminación es artificial, y que al sol, la estatua, no tiene la misma apariencia. Pero no son necesarias las distracciones por la noche, ¿y por qué no hacer jugar, en son de crítica, las ilusiones del teatro?

Por el contrario, Paulhan sabe a veces, mejor que nadie, desprender verdades de día. Así, cuanto transporta el

debate al terreno de la poesía. Lo que hay en el centro de este laboratorio palabras-ideas, donde no deja de trabajar después de su viaje malgache. Hay allí tanto trabajo, por otro lado, que a veces se muestra erudito. Cuando de F (a b c) extrae F» (alfa, delta y gama) y afirma que tiene así la ley de la poesía, tengo, por mi parte, deseos de suicidarme. Pero ¿cómo no reconocer que su debate entre terroristas, convencidos que el lenguaje procede de una inspiración, y mantenedores, haciendo derivar la inspiración de un lenguaje, toma aquí todo su valor? Sobre el misterio y la poesía, Paulhan ha hecho observaciones profundas. Pequeñas verdades descubiertas, a las cuales se referirá un día, sin duda. Pero no sería él mismo y no se apoyaría sobre ellas, para sumergirse en la paradoja. Estamos en el trance de agradecerle haber razonado tan bien sobre la poesía, que nos ha dejado admirar a Delille, de quien, es cierto, ha sacado versos admirables, que no nos impiden olvidar que, de ordinario, Delille es un poeta pesadísimo.

Lo que es inquietante con él es que termina uno por preguntarse si da conclusiones utilizables. Cuando avanza en sus exploraciones intelectuales, se le sigue con encanto. Levanta con elegancia las verdades desconocidas, las paradojas y los sofismas. Es el Bougainville de la crítica, Bougainville escoltado de Giraudoux, de Gorgias y de Pródicos (retóricos eminentes, si lo habéis olvidado). A la hora de la recapitulación se está a veces embarazado: al término de sus meditaciones sobre los terroristas y los mantenedores, Paulhan concluye que hace falta pensar las palabras como si fueran ideas y la forma como si fuese el fondo. Esto es dar una prueba de espíritu conciliador. No está muy claro, sin embargo, que Paulhan tenga razón. ¿Pero imaginamos a alguno trabajando con esta máxima en el cerebro? A menos que esto no signi-

figue «No os inquietéis por nada y sed naturales», lo que dice, por otra parte, Paulhan, a propósito de la poesía, cuando enuncia (poco más o menos): «Conoced las reglas, pero trabajad como si no las supierais.» Esta vez es evidentemente la sabiduría misma. ¿Pero hacía falta tanta revuelta para llegar a esto?

Un día, por tanto —era ayer—, Paulhan ha bajado a la arena con el deseo de ser comprendido de todos, de no perderse en los senderos secretos, de llamar fuerte. Y escribe *De la paja y del grano*, y se ha visto cómo podía avanzar cuando renunciaba a esculpir castillos encantados en bolas de marfil. Paulhan ha sido un resistente eficaz, que ha fundado *Las Letras Francesas*, formando parte del C. N. E. Cuando los depuradores se han empeñado en mostrarse inexorables, él se ha revelado. Ha opuesto Romain Rolland o Rimbaud a Brasillach. Ha recordado que Rolland había escrito: «Mi convicción es absoluta: quien ha hecho la guerra del 14-18 ha tenido por verdadero objeto destruir la nación que mejor trabajaba» (y para él esta nación era Alemania); que Rimbaud había dicho: «Deseo vivamente que las Ardenas sean ocupadas (por los alemanes, evidentemente) y estrujadas cada vez más inmoderadamente»; y Aragon: «Más aún que el patriotismo, que es una histeria como otra, lo que nos repugna es la idea de patria, que es verdaderamente el concepto más bestial, el menos filosófico, en el cual se intenta hacer entrar nuestro espíritu.» Y pregunta a ciertos depuradores fanáticos que se trataría precisamente de R. Rolland y de Rimbaud si su severidad no se extendiese sobre esta idea: «Que sería generoso y puede que justo traicionar en el 14 la causa de una Francia burguesa y capitalista, aliada de la Rusia de los Zares, pero innoble de traicionar en el 41 la causa de una Fran-

cia aliada de los soviets», y sobre esta convicción «que la Francia imperialista de 1870 no valía el amor de Rimbaud, ni la Francia reaccionaria de 1914, la confianza de Rolland; ni la Francia burguesa de 1930, la fidelidad de Aragon; ni la Francia radical de 1939, etc....» Todo propósito que se coloque nulamente —¿es necesario decirlo?— del lado de los pe-tainistas y vichystas ha probado bastante por estos actos qué pensaban de ellos, pero ilustrando su convicción que un verdadero patriota debe amar a su patria como una tierra escogida (he aquí el sentimiento), que debe valer lo justo (he aquí el espíritu), pero amando, incluso, si se estima todavía que no lo es.

En este trabajo, Paulhan ha afirmado una vez más su independencia. Ha aprendido después de largo tiempo a no pensar en el filón de nadie. Si a veces ha preferido trabajar sobre superficies imaginarias, es con la voluntad de volver a esta tarea, donde ha sabido varias veces descubrir dictámenes desconocidos. Si es verdad que se llega a veces a hablar de sus paradojas, se debe precisar que no es paradójico más que a los ojos de sus lectores (y no de todos). Lo que para nosotros es un juego y virtuosísimo retórico es para él trabajo grave, matiz solamente de un poco de ironía. Si pinta un Sade púdico, se está tentado, en tanto muestra sutilidad, queriéndonoslo probar, de admirar en él un Jacopozzi literario, ofreciéndose la hecbicería de maravillosos fuegos artificiales. Pero para Paulhan no hay el menor artificio en el negocio. La verdad es que no se sabe cómo loarle y criticarle a la vez. Tal es la singularidad de este ensayista seductor e irritante que coloca constantemente para hablar de él esta cuestión del lenguaje, que él se propone a sí mismo constantemente. Pero aunque se pueda pensar en ciertas de sus proposiciones, se siente una

viva estima por este pensador original, este escritor impecable. Por mi parte, hubiera preferido encontrar en algunas de sus críticas una pincelada de escepticismo, y me parece que esto mismo no hubiera impedido en el momento necesario de disponerse «a socorrer a un pensamiento brutalizado». Tenemos en nuestra literatura bastantes ejemplos. Pero no sabría grabar un retrato: hay en todos los actos, como en todas las páginas de Paulhan, en su investigación rara, como en la lucha que ha emperendido contra la hipocresía política, una gran sinceridad.

Se encontrará una interviú con Paulhan en *Quarante contre un*, de Paul Guth. Es un conjunto de interviús. (Edit. Correa.) De interviús que han aparecido en semanarios. Son vivas e implican el buen humor, verdadero o falso, que el periodista se ve obligado con frecuencia a comunicar a sus lectores. O a tratar de comunicárselo. Cuando se trata de describir un hombre y su casa, Guth es muy sincero. Ve con justeza y anota sus impresiones con palabras espiritualmente escogidas. Su interviú con Leautaud ha llamado la atención. Verdad es que éste no estaba contento. ¿Pero qué importa? Si aceptáis el ser interviuados, os acogeréis a sus riesgos. Por desgracia, ocurre a menudo que Guth conoce mal la obra de los escritores que va a interviuvar. A Julien Green le ha dicho francamente: «No conozco uno solo de sus libros.» Entonces ¿cómo quiere usted que él le interroge seriamente? No parece sospechar que Green atravesase por una crisis religiosa y que ha trabajado hasta hace poco en visionario. Es sobre esto de lo que debía haberse preguntado. ¿Green le hubiera respondido? Este es otro problema. Sino preguntarle: «¿Trabaja usted con visera? ¿Es muy útil?»

De Bosco, Guth extrae enseñanzas sobre su vida universi-

taria y militar. Pero sobre el idealismo de Bosco, ni una palabra. Se diría que la cuestión no se plantea. Y, fuera de esto, es la única que tiene importancia.

¿Cómo podría ser de otro modo? El tiempo falta con frecuencia a los entrevistadores para preparar sus entrevistas. Y si se exceptúa alguno de ellos (tal, Federico Lefevre), se creen que los lectores esperan, sobre todo, notas pintorescas sobre el acento del preguntado, sobre su traje, su perro, su mujer, sus bibelots, sin dejar de reseñar algunas confidencias íntimas sobre su vida. ¿Es el método más fecundo? Es difícil pensarlo. Pero, como todos los ejercicios, se puede practicar éste con talento. Tal es el caso de Paul Guth, que descuella por sacar los efectos más brillantes de una rápida entrevista. Sus retratos «físicos» son el colmo de lo notable; sus entrevistas tienen para nosotros una presencia real y sabe a menudo sacar de los entrevistados datos interesantes sobre su pasado, sus gustos y sus proyectos. Se podía desear más; pero, ciertamente, no es una aportación desdeñable.

* * *

André Labarthe ha realizado también obra de entrevistador. Su campo de observación son las fábricas norteamericanas y no el despacho de trabajo de los escritores parisienses. En *La vida comienza mañana* (Edit. Juliart) pone en el valor la prodigiosa transformación realizada por la industria americana desde hace diez años. Sobre el plan producción, y con relación a 1948, el año 1938 representa la edad media, nos dice. Oficinas gigantes han nacido desde que los obreros van siendo menos numerosos. A la «polimera», en las márgenes de Saint-Claire, llega un gran vapor a un muelle de la fábrica y por el otro extremo sale el caucho artificial. En un año

la polimera produce 62.000 toneladas, es decir, más que todo el consumo francés del 38. Para este trabajo no emplea más que 275 hombres. El maquinismo ha tomado en todos los dominios una actividad prodigiosa. Una máquina de tricotar reemplaza a 4.000 obreros. Una «Corning» produce 500.000 bombillas diarias. Una fábrica de automóviles produce un chasis cada cuatro segundos. Hoy en día, gracias a las máquinas, hace falta la mitad de la mano de obra en los Estados Unidos que en Inglaterra para hacer un avión. De Francia no se habla ya (Un político comunista pasa). De 1938 al 40, en las fábricas americanas, el personal científico y técnico ha aumentado en un 41 por 100. La mano de obra igual al rendimiento se ha multiplicado por 10. Se hacen economías de trabajo hasta sobre el cerebro de los matemáticos. El «anализador diferencial» empleado en ciertas fábricas resuelve problemas que encierran hasta 18 variables y se encarga de resolver tres problemas a la vez. Hay más dibujantes en una oficina moderna americana que obreros. Gracias a ellos y a los ingenieros, la oficina se puebla de planos. El ojo electrónico examina las placas, que pasan a cien metros por minuto, y desecha aquellas que tienen el defecto más ínfimo; por otro lado hace las pesadas más delicadas o escoge un matiz entre dos millones (en tanto que el ojo humano no distingue más que 10.000).

El examinador electrónico llegará a decirnos un día en el mismo campo de cultivo cuándo está maduro un melón. Porque el maquinismo ha ganado la batalla y la tierra se ha convertido en una manufactura. Una máquina de repoblar planta 8.000 árboles por día; otras máquinas recogen el algodón, en tanto que los insectos dañinos son destruídos por pulverizaciones desde un avión. La granja es dirigida por el labora-

torio; la leche es refrigerada, tratada por los rayos ultravioletas; así es la mejor del mundo, la más sana para los niños (no nos extrañaremos al saber que a 20° de temperatura, un centímetro cúbico de leche que contenía 10 bacterias contiene 60.000 al cabo de cuatro horas; a 10° no contenía sino 40). Se malgasta seguramente en Nueva York; en los campos, en las fábricas, no se desperdicia nada. Con los residuos de maíz se fabrican tintes; con el grano del algodón, carrocerías de automóviles. Es verdad también que se hacen carrocerías (y aviones) con el magnesio que se extrae del agua del mar (una tonelada de magnesio por 800 de agua). Toda la Naturaleza se pone a contribución. El petróleo da centenares de materias plásticas. Se obtienen camisas, cucharas, medias, aislantes, termómetros, etc., para no citar los barcos, los pianos, los aviones. El petróleo se ha convertido en la paridora universal. Es uno de los aspectos más satisfactorios de esta gran revolución industrial.

Añadamos que en los Estados Unidos se construye hoy una casa prefabricada en diez horas; que se la puede «climatizar», aislar los muros, colocar en un cuarto un aparato que atraiga las partículas de polvo—se terminó el arcaico barrido—; que el transporte tiende a hacerse instantáneo; que en los últimos días de la guerra la aviación transportaba 560.000 toneladas cada veinticuatro horas y que en un mañana los trenes planeadores reemplazarán a los de mercancías; que pronto el avión postal transportará el correo a 1.600 kilómetros por hora; que ya en ciertos lugares se distribuye en helicóptero el correo; que la televisión multiplica sus adeptos, a la disposición de los cuales puede poner ya máquinas que reproducen el periódico a domicilio con sus grabados y su colorido. Añadid otras cien invenciones maravillosas; so-

ñad que mañana, en los Estados Unidos, la energía atómica reunirá la del carbón, la de la electricidad, la del petróleo, y os convenceréis que nos hemos quedado en Europa, desde el punto de vista industrial, en la era de las Cruzadas. Dos guerras nos han arruinado y la política continúa. Nosotros trabajamos al estilo artesano, frente a un pueblo que armoniza su industria con los descubrimientos del siglo. Es en los Estados Unidos, no lo dudemos, donde se dibujan las grandes líneas del mundo de mañana. Frente a Rusia, que arruina y tiraniza, América ofrece la imagen de un pueblo que acrecienta cada día su potencia de producción, respetando la libertad y asegurando a los obreros un confort que parecerá inconcebible a los trabajadores de Moscú. Queda la cuestión espiritual. Pero ¿por qué oponerla a la civilización material? No es indispensable a la salud de las almas que se viva en el retraso. Y el espíritu de una nación no se eleva jamás tan alto como cuando tiene fuerza, riqueza y alegría.

